“Mientras yo no lo vea, no lo creo”

Cuando la familia elige no ver la violencia

GERMÁN

Irene Freer
PERIODISTA. MÁSTER EN VIOLENCIA DE GÉNERO

Índice general

1. Introducción 2

2. Violencia y familia

2.1. "Mientras yo no lo vea, no lo creo": cuando la familia elige no ver la violencia ... 3

2.2. Cuando la familia calla: el silencio que protege al agresor y revictimiza a quien habla 4

3. Denuncia y Contexto

3.1. La importancia de denunciar y de alzar la voz 7

3.2. Una violencia extendida 8

4. Caso Germán 9

4.1. Perfil del agresor: violencia psicológica sostenida, manipulación y amenazas ... 14

4.2. Cuadro de agresiones ejercidas por Germán en diferentes años 15

4.3. Cuadro de insultos y agresiones escritas por Germán. Análisis del lenguaje violento 17

5. Reflexión y soluciones

5.1. Lo que hay detrás del agresor 18

5.2. La importancia de los programas de intervención para agresores 19

5.3. Reflexión 20

1. Introducción

Hay violencias que no se ven, pero que pesan como piedras en el alma. Golpes que no dejan marcas en la piel, pero que hieren con una profundidad que ningún ojo externo puede medir. Este libro surge desde ese lugar silenciado: el de la violencia emocional, cotidiana y oculta. Aquella que se esconde entre bromas crueles, gestos amenazantes y palabras humillantes que, poco a poco, erosionan la dignidad de quien las recibe.

Esta es la historia de Isabel, una mujer que decidió no callar más. Durante años fue objeto de insultos, intimidación y menosprecio por parte de su propio hermano, claro los hacia cada cierto tiempo, disimulados, pero siempre creando conflicto. Sufrió, en carne viva, una forma de abuso tan común como invisible: la violencia psicológica. Pero quizás lo más desgarrador no vino de él, sino de quienes eligieron mirar hacia otro lado. La familia, ese núcleo que debería proteger, amparar y sostener, decidió no ver, no creer, no actuar.

Con valentía, Isabel enfrentó no solo al agresor, sino también a una estructura familiar que optó por el silencio y la complicidad. Este libro recoge su voz, sus pruebas, su historia. Es un testimonio que busca visibilizar una realidad incómoda: que muchas veces, el mayor daño no lo provoca quien violenta, sino quienes callan y justifican.

A través de estas páginas, se documenta un caso de violencia doméstica psicológica, pero también se expone un patrón mucho más amplio: el del machismo normalizado, el favoritismo patriarcal y la revictimización dentro de las propias familias. Aquí no se suaviza la verdad ni se disfraza lo que duele. Todo se nombra tal cual es, con la claridad que exige la justicia.

Este no es un libro para generar morbo. Es un acto de dignidad. Es una memoria escrita para que otras mujeres, que aún viven en la sombra del miedo y el silencio, sepan que no están solas. Que su dolor importa. Que su voz merece ser escuchada.

2. Violencia y familia

2.1. “Mientras yo no lo vea, no lo creo”: cuando la familia elige no ver la violencia

Durante muchos años, una mujer que se llamaba Isabel, trató de contar lo que vivía dentro de su propia familia. Su hermano, Germán, la insultaba, la intimidaba, la humillaba. La hacía sentir incómoda, amenazada, en peligro. Ella prefería irse de la casa cuando él llegaba. No podía relajarse ni estar tranquila en su propio espacio. Tenía que estar siempre alerta, sin saber en qué momento él iba a mirarla con odio, de manera amenazante, a mandarle mensajes por medio de las empleadas, o a enfrentarla sin razón.

Ese maltrato no dejaba marcas visibles. Pero el daño se sentía por dentro. La angustia, la tensión eran constantes. Y lo más doloroso fue que, aunque lo dijo muchas veces, su familia no le creyó.

Desde muy joven, Germán mostró una conducta burlona y despectiva hacia quienes lo rodeaban. Solía ridiculizar a personas que no podían defenderse, disfrazando su crueldad como “bromas” o “chistes”. Decía comentarios hirientes. Muchos en su entorno lo dejaban pasar. Algunos incluso se reían con él. Nunca nadie lo enfrentó ni le puso límites.

Su sarcasmo no era frontal: se manifestaba a espaldas de los demás, con frases ofensivas dirigidas a miembros de su propia familia. Se burlaba de sus hermanos, de su cuñado, de sus propias sobrinas. Usaba apodos crueles, comentarios despectivos y lenguaje humillante. Decía cosas como “Oh Gargamel más feo”, refiriéndose a su cuñado; “Osvaldo lo vuelve loco a uno”; “qué loca se veía en Holanda, me tenía harto hablando de bates”; “que polato se ve con esos shorts, medias y tennis”, o “Mariana, qué fea”. Incluso llegó a comentar: “por dicha Alina salió bonita, porque Mariana es una negrilla toda fea”. Cómo puede ser posible que se refiriera así de una niña, de una bebé, de su propia sobrina, y no una vez, muchas veces, por varios años.

Estas expresiones, lejos de ser simples comentarios, revelan una actitud sostenida de desprecio y desvalorización hacia su entorno más cercano. Una forma de agresión constante, camuflada de humor, que durante años fue tolerada y normalizada por quienes preferían no confrontarlo.

Con el tiempo, eso no cambió. Solo se volvió más cruel. Germán maltrató a su exesposa con el mismo desprecio, con humillaciones constantes. También se burló de sus hijas. Una de ellas, incluso desde muy pequeña, le contaba a su tía Isabel cómo su papá la hacía sentir mal. Le confiaba las cosas que no podía decirle a nadie más. Eran tales las burlas, el desprecio, que la niña se metía en el cuarto de la tía a llorar desesperada y a decir "yo no quiero vivir con él, yo quiero estar con usted".

También la exesposa de Germán, su cuñada, encontró apoyo en la misma hermana. Porque ella también sufría. Y solo alguien que conocía esa violencia podía entenderla.

Pero a pesar de todas las señales, la familia no quiso ver. La hermana de Germán habló muchas veces. Contó lo que vivía. Dijo cómo se sentía. Pero las respuestas eran siempre las mismas.

2.2. Cuando la familia calla: el silencio que protege al agresor y revictimiza a quien habla

Cuando una víctima de abuso o violencia alza la voz, no solo se enfrenta al dolor de lo vivido. También, muchas veces, tiene que luchar contra la negación, el silencio y hasta el rechazo de su propia familia. Y eso duele más. Porque no hay nada más desgarrador que **hablar con valentía**… y que quienes más deberían cuidarte, te den la espalda.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué tantas familias eligen no ver, no escuchar, no actuar?

Cuando el agresor es un hermano y la víctima una hermana, y la familia decide protegerlo a él, está tomando una postura clara: **está del lado del agresor**. No es ignorancia ni confusión. **Es elección**. Esa protección no es amor, **es encubrimiento**. Y ese encubrimiento está sostenido por años de machismo, favoritismo y estructuras familiares que repiten una y otra vez lo mismo, al varón se le perdona, se le cuida, se le justifica. A la mujer se le exige silencio, se le culpa, se le aísla.

En estas familias, la violencia no es solo el acto del agresor, sino todo lo que viene después, cuando se duda de la palabra de la víctima, cuando se le exige que no "arruine" la familia, cuando se le hace cargar con el peso de la vergüenza que no es suya. La familia que calla, que minimiza, que

encubre, **es cómplice**. No hay neutralidad posible. Cada gesto que protege al agresor es una puñalada más a la víctima.

Aceptar que un hijo, un hermano, es agresor, duele. Pero negar lo que hizo no borra el daño, **lo multiplica.** Y cuando una familia decide mirar para otro lado para no "romperse", lo que hace es romper aún más a quien ya está rota. No hay justificación que alcance. **Callar también es violencia**. Y en estos casos, la complicidad familiar es una de las formas más crueles de revictimización.

Dicen frases como:

- **"Mientras no lo vea, no lo creo"**
- **"A mí nadie me ha dicho nada"**
- **"No me voy a meter"**
- **"Respeta mi forma de pensar"**

Ninguna de esas frases ayuda. Todas duelen.

El hermano mayor siempre fue el pilar de la familia. El más responsable, el que nunca falla, el más inteligente, el que se hizo cargo del cuidado de la casa y de la madre desde que el padre falleció. Siempre fue alguien confiable, que escuchaba con atención, reflexionaba y aconsejaba con sabiduría. Su presencia fue guía y ejemplo. Al menos para su hermana menor, lo fue. Pero incluso él, en esta situación, no logró ser el apoyo que necesitaba. La escuchó, sí, y opinó con claridad; incluso dijo que, si Germán continuaba con las amenazas, su exesposa debía poner una denuncia. Pero no se enfrentó al agresor. No dio ese paso. No lo desafió. Aun así, ella lo sigue viendo como un apoyo incondicional.

La hermana mayor tampoco estuvo. Cada vez que se le acercó a hablar de las agresiones, la hermana eligió no ver. Siempre se cegó. Incluso en 2020, luego de que ella fue víctima de una violencia verbal extrema por parte de Germán, ese mismo día, en vez de consolarla, **la ofendió con palabras de desprecio**. La hirió profundamente. Eligió ponerse del lado de Germán.

Más recientemente, tras una nueva agresión, ella volvió a buscar a su hermana. Su respuesta fue: "Si seguís insistiendo en eso y querés que yo piense diferente, me voy a alejar. No insistas más, ni amenaces con denunciarlo". Con esas palabras, le cerró la puerta en la cara. No solo le negó el apoyo: la culpó por hablar. Eligió proteger al agresor antes que mirar el dolor de su propia hermana.

Cuando ella le habló sobre la violencia que sufrían su cuñada y sus sobrinas, la hermana mayor mantuvo la misma actitud. Dijo que "**mientras no se lo dijeran directamente, no lo iba a creer". "Que, si no lo veía con sus propios ojos, no lo creía"**. Isabel le explicó que era el canal, que su cuñada le había confiado todo lo que vivían: una agresión diaria, constante, dolorosa. Pero su hermana prefirió negarlo. Eligió hacerse la ciega, sorda y muda.

Al final, su hermana le hizo un favor. Le dejó en evidencia que no se puede contar con ella cuando se trata de violencia contra la mujer. Para las fiestas, sí está. Para ir a su apartamento en New York, para salir a almorzar, para viajar, para todo lo placentero, siempre está. A una cita médica, también se apunta. Pero si algo la "incomoda" o la "**perturba**", entonces simplemente se aparta, niega lo que ha dicho, y simplemente dice "no me metan en eso". En los momentos duros, donde de verdad duele el alma, ahí es donde **no está.**

La madre, en cambio, sí la ha escuchado. Le cree. **Conoce a su hijo**. Incluso le contó que una vez, cuando Germán era niño, una señora le dijo: "Su hijo va a ser una amenaza", después de que él agrediera a otro niño... Y le decía a Isabel: "yo no sé a quién salió así, su papá nunca se comportó de esa manera, siempre tuvo un buen ejemplo". Pero el miedo fue más fuerte. Germán la sabe manipular. La lleva "de paseo", al club, aparece con gestos amables, eso sí, **cada muerte de obispo**, solo cuando le conviene, cuando se siente expuesto o quiere sacarle información. No actúa por amor, sino por interés.

Además, nunca ayuda. No coopera en nada en la casa de su madre, donde vive desde hace más de ocho años, desde que se separó. No se le puede pedir nada. Todos lo saben. Incluso sus hermanos lo comentan. Pero nadie se atreve a decírselo en la cara. **¡Solo ella, la hermana menor!**

Las personas que más tendrían que haber estado a su lado, fueron las primeras en negarla. Todos callaron. Todos esquivaron la verdad. Todos eligieron lo más fácil: no ver, no actuar, no incomodar al agresor.

Y mientras tanto, la dejaron sola. Cargando con todo: el dolor, la culpa, el silencio. La aislaron. La cuestionaron. Todo esto, claro, su madre no lo sabe… porque no maneja bien la tecnología.

Esto no es solo abandono. Es violencia. Es traición. Es complicidad.

Cuando la familia se enoja con quien habla, con quien denuncia, con quien expresa su dolor, le están diciendo: "**tu verdad no importa", "tu sufrimiento nos molesta", "tu voz es un problema**". **Así, no solo se niega el daño, se reproduce.**

Las víctimas no solo necesitan que se les crea. Necesitan redes que acompañen, que validen, que sostengan. Que tengan el coraje de mirar de frente, incluso cuando duele. Porque lo verdaderamente dañino no es hablar… **lo dañino es callar lo que no debería callarse nunca.**

En una conversación con mi cuñada, ella me dijo: *"Seguro él es así por lo que sufrió con su papá."*
Le pregunté: *"¿Y qué fue lo que sufrió?"*
Y me respondió: *"Es que Germán nos dijo que tu papá era alcohólico, y que por eso él se alteraba, como si fuera una secuela de eso."*

Pero la realidad es que **nuestro padre NUNCA fue alcohólico, ni mucho menos un agresor**. Esa fue una excusa que Germán inventó para justificarse, para victimizarse y no hacerse cargo de su propia violencia. Culpar a alguien que no puede defenderse, que no tiene relación con sus actos, es una forma más de manipulación. Es desviar la atención, mentir para evitar la responsabilidad.

3. Denuncia y contexto

3.1. La importancia de denunciar y de alzar la voz

Denunciar no siempre garantiza que el juzgado actúe de inmediato o dicte medidas cautelares. La justicia, a veces, avanza con lentitud o exige pruebas que no siempre es fácil reunir. Pero, aun así, denunciar es un acto de enorme valor. Porque más allá del resultado inicial, queda un expediente. Queda constancia. Queda una huella. Y eso es fundamental. Porque el día de mañana, si otra persona, una cuñada, una hija, una ex pareja, decide hablar, encontrará que alguien ya lo había hecho antes. Esa denuncia puede ser la llave para abrir otras verdades, para respaldar otros

testimonios, para romper el **silencio colectivo**. Visibilizar, dejar registro, hablar aun cuando parezca que no sirve, sí sirve. Sirve para construir memoria, para proteger a otras, para no volver a empezar desde cero cada vez.

No es fácil hablar cuando nadie te cree. Cuando la violencia viene de un hermano. Cuando el resto de la familia prefiere mirar para otro lado. Cuando la burla y la manipulación se disfrazan de chistes, de bromas, de "así es él".

Germán supo siempre cómo manejar a su entorno. Mostrarse amable con otros, y cruel con quienes no se dejaban dominar. Sabía cuándo quedarse callado, cuándo reírse, cuándo hacerse el ofendido. Y así logró que muchos lo defendieran, que muchos pensaran que todo era exagerado.

¡Pero la verdad no se borra porque otros no quieran verla!

La violencia emocional también es violencia. Las palabras que hieren, las miradas que amenazan, el desprecio diario… todo eso deja marcas. Aunque no se vean, aunque otros no las quieran reconocer.

Callarse duele. No ser creída duele más. Pero hablar, y encontrar, aunque sea una persona que escuche, puede cambiarlo todo. **Escribirlo, dejar las pruebas que tanto pedían, y que quede un número de expediente** lo cambia todo.

3.2. Una violencia extendida

El relato presentado expone con claridad a un hombre que ha lastimado, humillado, amenazado e intimidado no solo a su hermana, sino también a su exesposa y a sus hijas. Las agresiones, aunque no físicas, han sido sostenidas y profundamente dañinas.

La evidencia, escrita acá, revela un patrón de maltrato basado en **el control, intimidación, el desprecio, el chantaje emocional y la violencia económica. También se refleja la forma en que utilizaba la ayuda financiera como herramienta de castigo o manipulación, desvalorizando constantemente a quienes no se alineaban con su voluntad.**

La hermana no solo busca medidas para **no ser objeto de agresiones verbales, amenazas o intimidaciones por parte del denunciado**. Su intención también es visibilizar el tipo de violencia que no deja moretones, pero que deja heridas profundas, la que opera en lo cotidiano, bajo el silencio familiar, bajo la complicidad de la costumbre, bajo la negación. Además, se propone que el **acusado sea remitido a un programa psicoeducativo para agresores**, dada su reiterada incapacidad para **autorregular su ira, su actitud manipuladora y su comportamiento agresivo.**

4. Caso Germán

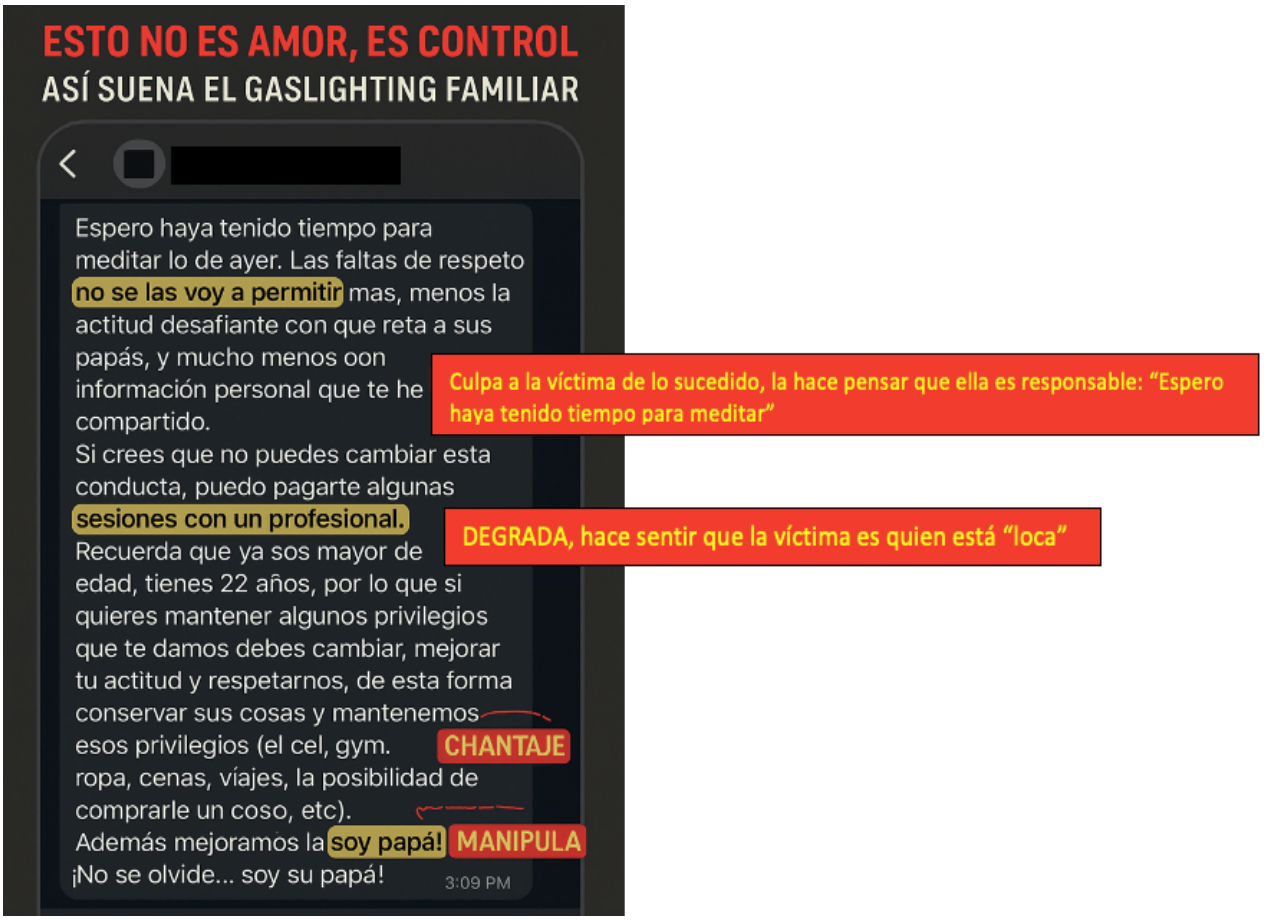
4.1 GERMÁN

A lo largo del tiempo, Germán ha mostrado un patrón de comportamiento caracterizado por la manipulación emocional, el chantaje económico, el control digital, amenazas verbales, coerción en la crianza, culpabilización constante y humillaciones reiteradas. Estas actitudes no se manifestaban de forma aislada, sino como parte de una dinámica cotidiana de control y dominio.

Entre sus tácticas más dañinas se encuentran formas de manipulación emocional conocidas como ***gaslighting*, una estrategia mediante la cual el agresor hace dudar a la víctima de su percepción, su memoria o incluso su salud mental. Lo hace minimizando sus emociones, tergiversando los hechos, negando lo ocurrido o haciéndola sentir culpable por reaccionar ante la agresión.** Es una forma sutil pero profunda de control psicológico, que lleva a la víctima a desconfiar de sí misma y depender emocionalmente del agresor.

Esa estrategia se utiliza de forma privada, intimidando a las víctimas, también pueden ser utilizadas en chats familiares para dejar en ridículo a las víctimas o crear dudas.

Este es un claro ejemplo de ***gaslighting***. Germán, luego de haber bajado a su hija del auto y dejarla abandonada en plena calle, sola, sin la ropa apropiada porque venía saliendo de hacer ejercicio, le envía un mensaje en el que no solo **evita responsabilizarse** por su reacción impulsiva y desproporcionada, sino que además **la culpa por lo sucedido**. En lugar de reconocer la gravedad de su comportamiento, distorsiona los hechos y le hace sentir que fue su actitud la que provocó la situación. Este tipo de manipulación emocional, en la que se niega la realidad de lo ocurrido y se transfiere la culpa a la víctima, es precisamente lo que define el gaslighting: hacer que la otra persona dude de sus percepciones, emociones y memoria, llevándola a pensar que ella fue la causa del abuso que sufrió. (2025)

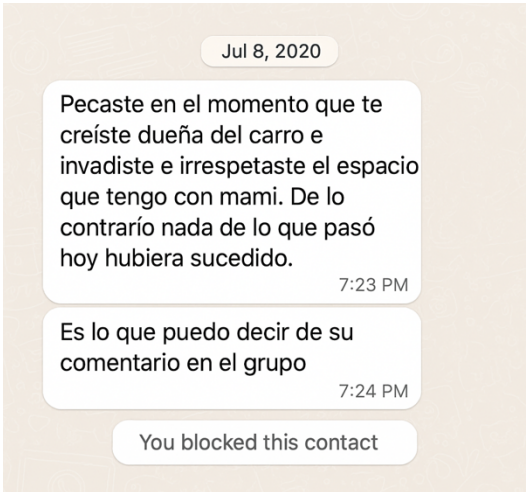


Este mensaje a continuación es otro claro ejemplo de *gaslighting* por parte de Germán. Tras haber insultado y humillado a su hermana Isabel de forma desproporcionada y violenta, le escribe un mensaje en el que no solo evita asumir cualquier responsabilidad por su conducta, sino que además le atribuye a ella toda la culpa por lo ocurrido.

En el texto, le dice: **"Pecaste en el momento que te creíste dueña del carro e invadiste e irrespetaste el espacio que tengo con mami. De lo contrario nada de lo que pasó hoy hubiera sucedido."**

Con esta frase, Germán intenta justificar su reacción agresiva culpándola por "haber invadido su espacio" con la madre, cuando en realidad fue la madre quien prestó el carro voluntariamente a Isabel. Él tergiversa los hechos para presentarse como víctima de una supuesta falta de respeto, cuando en realidad fue él quien perdió el control y reaccionó de manera completamente desproporcionada ante una situación sencilla.

Este tipo de manipulación emocional es típico del *gaslighting*: se invierte la lógica de los hechos, se niega o minimiza la agresión propia, y se responsabiliza a la otra persona, la víctima, por haber "provocado" la situación. Así, Germán busca hacer que Isabel dude de su percepción, de su derecho a usar el carro, e incluso de su propio juicio, mientras él evita enfrentar las consecuencias de su conducta abusiva.



Ambos mensajes, separados por cinco años y dirigidos a personas distintas, repiten el mismo esquema manipulador:

1. **Se minimiza o justifica el abuso cometido.**
2. **Se transfiere la culpa a la víctima.**
3. **Se introduce la idea de "irrespeto" o "provocación" como detonante.**
4. **Se invalida el derecho del otro a sentirse afectado.**

Quienes estuvieron más cerca de él, como su exesposa y sus hijas, vivieron por años bajo un estado permanente de tensión y desvalorización. Sentimientos de angustia, inseguridad e impotencia marcaron la relación con él, afectando profundamente su estabilidad emocional y su autoestima. **Aunque lo disimulen**. La violencia que ejercía no era evidente a los ojos de todos, pero sí persistente, invasiva y destructiva en lo íntimo.

La hermana del agresor, quien también sufrió intimidación y acoso verbal, expone situaciones concretas de violencia en las que Germán empleó el silencio agresivo, gritos, insultos, humillaciones, intimidación, miradas amenazantes, invasión del espacio personal y una presencia física opresiva para imponer miedo y control.

Uno de los episodios más graves tuvo lugar en julio de 2020, en plena pandemia por COVID-19. En ese momento, Isabel se encontraba en su país natal, imposibilitada de regresar a New York debido al cierre de fronteras. Necesitaba movilizarse para hacer gestiones bancarias y, por ello, le pidió prestado el carro a su madre.

Ese mismo día, Germán, que se había quedado sin vehículo porque el **suyo fue remolcado por haberlo dejado estacionado irresponsablemente en un lugar indebido**, llegó a la casa también con la intención de usar el auto. La madre, ya habiéndoselo prestado a Isabel, le indicó que hablara con ella directamente.

Isabel, sin saber que su hermano vendría a pedir el carro, le explicó de forma pacífica que ya lo había solicitado y que lo necesitaba. La reacción de Germán fue **inmediata y desproporcionada**: se colocó a centímetros de su rostro y comenzó a insultarla violentamente. Le gritó “vagabunda, “mantenida”, “no servís para nada” e incluso “hijueputa”. Utilizó más insultos, humillaciones y una **violencia verbal extrema.**

La agresión verbal fue directa, intimidante y cargada de odio. Luego del estallido, intentó manipular la situación en el grupo familiar, presentándose como la víctima y distorsionando los hechos para justificar su conducta. Este episodio, lejos de ser un hecho aislado, representó una expresión más del patrón constante de violencia emocional y verbal que ejercía dentro del entorno familiar.

Germán evidencia una personalidad con tendencias agresivas, manipuladoras y una marcada necesidad de control sobre los demás. Su comportamiento se sostiene en una doble fachada: se muestra callado, aparte y hasta razonable en público, pero en lo privado adopta una actitud autoritaria, despectiva y emocionalmente violenta. Este contraste ha sido una de sus principales herramientas para invalidar a quienes lo confrontan.

Además, mantiene un patrón reiterado de revictimización. Cuando alguien lo enfrenta o denuncia, invierte los roles, se presenta como el afectado y hace creer a los demás que la persona perjudicada es en realidad la causante del conflicto. A menudo escribe en privado, y en ocasiones incluso públicamente, mensajes dirigidos a la víctima en los que la culpa, la descalifica o la responsabiliza por lo ocurrido y nuevamente humilla. De este modo, busca desviar la atención de sus propias acciones y conservar su imagen intacta ante los demás.

Esta forma de manipulación emocional ha llevado a que durante años su entorno familiar y social minimizara o directamente ignorara las denuncias, reforzando su fachada de hombre correcto mientras seguía el daño dentro del ámbito íntimo.

En uno de los incidentes más preocupantes, su hija grabó un episodio de agresión verbal extrema y amenazante. La respuesta del denunciado fue inmediata: suspendió la ayuda económica y la acusó de cometer una falta grave, mostrando su uso sistemático del castigo como herramienta de control. También se documentaron expresiones denigrantes hacia el círculo personal de su ex esposa, en las que se burla de posibles relaciones afectivas o desacredita su valor personal.

Este caso visibiliza una forma de violencia muchas veces invisibilizada**: la violencia emocional sostenida**. No deja moretones, pero sus huellas son profundas y destructivas. Las víctimas viven años de ansiedad, miedo y deterioro emocional, en medio de un entorno familiar que por mucho tiempo eligió mirar hacia otro lado.

4.2 Perfil del agresor: Violencia psicológica sostenida, manipulación y amenazas

Germán evidencia un patrón sostenido de violencia emocional, psicológica, verbal, económica y coercitiva, ejercido principalmente contra su hermana, su exesposa y sus hijas. Su comportamiento se manifiesta a través de tácticas sistemáticas de desvalorización, intimidación, control y humillación, documentadas durante más de cinco años mediante mensajes, audios y situaciones concretas que reflejan la dinámica abusiva.

Uno de los elementos más alarmantes en su conducta es el uso de amenazas explícitas para intimidar, como se escucha en un audio que envía a su exesposa:

"SI TE DIGO UNA COSA ANDREA, una segunda vez más y ese tipo me va a conocer, ¡de verdad!, me va a conocer porque está poniendo en riesgo a mis hijas ahí, y vos no querés que ese tipo me conozca de verdad, NO QUERÉS… Andrea, es la primera vez, es una llamada que te hago, si yo veo una situación igual o parecida en el futuro, vamos a tener un problema."

Este mensaje constituye una amenaza directa. Germán se expresa en un tono claramente intimidatorio y controlador, advirtiendo que, si su expareja Andrea permite nuevamente que "ese tipo", la nueva pareja de ella, tenga contacto con sus hijas, él actuará de forma agresiva. Lo más alarmante es que el supuesto "riesgo" que menciona Germán no implica ningún peligro real: simplemente se refiere a que la pareja de Andrea les dio un regalo a las niñas. A partir de ese hecho inofensivo, Germán construye una narrativa de amenaza, donde posiciona su enojo como una reacción legítima a una "falta" que en realidad no existe.

4.3 Cuadro de agresiones ejercidas por Germán en diferentes años

Cuadro de agresiones ejercidas por Germán en diferentes años

Tipo de agresión	Descripción	Frases destacadas
Manipulación emocional/ Gaslighting	Distorsiona la realidad para que la víctima dude de sí misma. Minimiza emociones y cambia el foco de culpa.	**“Nadie anda alterado, deje de inventar”** **“Ya hiciste todo un desmadre”**
Control económico / Castigo financiero	Usa el dinero como herramienta de castigo y control, especialmente sobre decisiones que no aprueba.	**“Encárguese usted de pagar el Club”** **“Yo le pago muchas cosas… eso ya no lo voy a hacer”** **“Le voy a pasar un correo con todo lo que yo pago”**
Lenguaje ofensivo / Humiilacion y desprecio	Utiliza insultos, sarcasmo y desprecio para desvalorizar, ridiculizar y debilitar emocionalmente.	**“Eso es un puro capricho”** **“Estás quedando como la más bruta”** **“Me das lástima”** **“Guácala qué tipo más feo”**
Ejemplo cronologico – Episodico especifico	Episodio que combina chantaje, humillación, control financiero y emocional en una sola conversación.	**“¿Cómo sos Andrea? Me vas a hacer esperar casi 3 horas…”** **“O la saco a usted y pongo solo a las niñas.”** **“Ah pobre.”**

Cuadro de agresiones ejercidas por Germán en diferentes años

Los mensajes enviados por Germán evidencian un patrón de violencia verbal que refleja una clara intención de **humillar, controlar y desvalorizar** a la otra persona. Este tipo de comunicación no puede considerarse parte de un simple conflicto; responde a una dinámica más profunda de **agresión psicológica sostenida**.

Las frases que utiliza están cargadas de sarcasmo, insultos directos y desprecio. Algunas se expresan de forma abierta y ofensiva, mientras que otras emplean un tono condescendiente o pasivo-agresivo que busca desacreditar sin necesidad de levantar la voz. En todos los casos, se pretende afectar emocionalmente a la persona receptora y reforzar una posición de poder.

Muchas de estas expresiones tienen como objetivo rebajar el valor de la persona a la que se dirigen, cuestionar sus decisiones personales, burlarse de sus vínculos afectivos o imponer límites sobre con quién puede compartir su vida. Esto se hace a través de comentarios sobre su apariencia, su inteligencia, su entorno social o su rol como madre.

Cuando el lenguaje se usa de esta manera, se convierte en una forma de agresión que lastima, que incomoda y que genera miedo o confusión. No es un acto aislado, sino parte de una conducta sistemática que busca someter a la otra persona emocionalmente. Analizar estas expresiones y documentarlas es importante para comprender la dimensión real del maltrato psicológico.

Coerción parental / Amenazas legales	Amenaza con usar la paternidad o acciones legales para presionar o intimidar a la madre.	**“Semana Santa y fin de año le corresponde a usted encargarse de sus hijas”** **“Voy a revisar mejor ese divorcio”** **“No voy a verlas hasta que me reponga”**

En todos los casos, el agresor actúa desde una posición de poder, buscando **desestabilizar, someter o castigar a la madre**, afectando su autonomía, seguridad y bienestar emocional.

4.4 Cuadro de insultos y agresiones escritas por Germán. Análisis del lenguaje violento

Cuadro de insultos y agresiones escritas

Análisis del lenguaje violento

🗣️ Frase textual	💥 Tipo de agresión	🎯 Intención o contexto
“Qué imbécil soy”	Autohumillación manipuladora	Busca generar culpa en la otra persona por decisiones que él mismo tomó.
“Dios es un polato ese compa”	Desprecio hacia la pareja actual	Intenta ridiculizar al hombre con el que ella se está vinculando.
“No se lo presentés a mis hijas”	Control relacional	Quiere invalidar la nueva relación y restringir el contacto con sus hijas.
“Más bien me das lástima”	Insulto directo y degradación emocional	Expresión que busca humillar y reducir su valor personal.
“No se le para”	Violencia verbal y sexual simbólica	Usa la sexualidad de su pareja para avergonzarla y reafirmar un discurso machista.
“No me toqués”	Desprecio físico cargado de juicio moral	Dicha con asco al saber que ella estuvo con otro hombre; implica desprecio y burla.
“Estás quedando como la más bruta”	Humillación intelectual	La hace sentir torpe o sin capacidad de juicio.
“Y ponete en playadas con el café”	Sarcasmo vulgar y condescendiente	Minimiza un acto cotidiano con burla, buscando ridiculizarla.
“Tenemos círculos sociales muy diferentes”	Rechazo social, superioridad moral	Mensaje de desprecio clasista y distanciamiento emocional intencional.

5. Reflexión y soluciones

5.1 Lo que hay detrás del agresor

Un agresor que utiliza la humillación, el sarcasmo y el desprecio como formas de comunicación lo hace desde una necesidad constante de mantener el control emocional y simbólico sobre la otra persona. Este comportamiento no surge espontáneamente, sino que suele ser parte de una estructura psicológica más compleja, donde conviven **inseguridades profundas, baja autoestima y una visión distorsionada del vínculo afectivo.**

Detrás de la agresión no siempre hay fuerza, sino debilidad. Muchos agresores arrastran un sentido interno de insuficiencia que intentan ocultar a toda costa. No soportan sentirse vulnerables, y por eso **necesitan señalar las supuestas debilidades de los demás**. Ridiculizan a quienes tienen cerca no solo para desestabilizarlos, sino también como una forma de desviar la atención de sus propias carencias. Es más fácil proyectar defectos en otros que reconocer los propios.

Su autoestima está construida de forma frágil, sostenida muchas veces en la validación externa y en el poder que pueden ejercer sobre otros. Cuando sienten que esa autoridad se tambalea, porque la pareja toma decisiones, establece límites o se aleja, reaccionan con agresividad verbal, intentando desacreditar o menospreciar. Humillar a la otra persona les devuelve una sensación falsa de superioridad, aunque profundamente defensiva.

Esta dinámica también responde a una forma distorsionada de entender las relaciones. El agresor no concibe a la pareja como un ser autónomo, sino como una extensión de sí mismo. Le resulta intolerable que esa persona pueda tomar decisiones sin su permiso o, peor aún, rehacer su vida emocional sin su participación. Ante eso, responde con desprecio, ironía, burlas o castigos emocionales.

Por eso, aunque estas conductas no deben jamás ser justificadas, sí es importante comprender lo que las motiva: **una combinación de inseguridad profunda, necesidad de control y un intento constante por reconfigurar la realidad en términos que lo favorezcan.** Esta comprensión no busca empatía hacia el agresor, sino una mirada lúcida que permita desactivar sus mecanismos con firmeza, sin caer en sus juegos de culpa o manipulación.

5.2 La importancia de los programas de intervención para agresores

Cuando se habla de violencia, lo más urgente es proteger y acompañar a quienes la sufren. Pero si el objetivo es realmente romper el ciclo del maltrato, también es importante intervenir con quienes lo ejercen. Los programas de intervención para agresores no buscan excusas ni empatía hacia el agresor, sino generar conciencia, frenar la violencia y trabajar para que no se repita.

El caso de **Germán** evidencia por qué esta intervención es tan necesaria. Durante años, ha mantenido un patrón constante de control, humillación, agresión verbal y manipulación emocional. No se trata de un episodio aislado ni de una sola relación: **ha repetido su conducta con distintas personas**, desde su expareja, sus hijas y su hermana. Y es muy probable, como ocurre en muchos casos, que ese mismo patrón se esté reproduciendo también con nuevas parejas.

Germán no solo ha insultado, culpabilizado o ridiculizado a quienes lo confrontan. También ha utilizado recursos como el castigo económico, el desprecio emocional, la intimidación y el gaslighting, todo con el fin de mantener el control sobre la otra persona. En su lenguaje y comportamiento no hay señales de cambio, ni reconocimiento del daño, ni voluntad de detenerse. Ese es el tipo de perfil que necesita intervención urgente.

Para los programas de intervención con agresores, es importante considerar que este tipo de perfil no solo ejerce violencia directa sobre las víctimas, sino que además recurre a estrategias para aislarla de su red de apoyo. A menudo manipula a los familiares utilizando el chantaje emocional, por ejemplo, con frases como “si ella va, yo no voy”, o ejerce una influencia sutil pero constante para que los demás terminen dando la espalda a la víctima. Esta táctica de aislamiento refuerza su sentido de control y poder, y debe ser abordada explícitamente en cualquier proceso de intervención.

Muchos agresores, como Germán, tienen un **grave problema para manejar la ira**. Sus emociones se vuelven imposibles de contener y las descargan sobre otros. También muestran **baja empatía, rigidez emocional y una fuerte necesidad de dominio**, que a menudo viene acompañada de creencias machistas profundamente arraigadas.

Los programas de intervención trabajan sobre aspectos centrales como:

- El **reconocimiento del daño causado** y el impacto que genera
- La **responsabilidad personal** por la violencia ejercida
- El **manejo de emociones** como ira, frustración o celos
- La **transformación de creencias de superioridad o posesividad**
- El **aprendizaje de vínculos respetuosos, sin control ni humillación**

Cuando no se interviene, el agresor continúa. **No solo con la misma persona, sino con otras nuevas**. Cambia de pareja, cambia de entorno, pero mantiene el mismo patrón destructivo. Sin intervención, es muy poco probable que modifique su conducta por sí solo.

Trabajar con el agresor no significa quitar el foco de la víctima. Todo lo contrario: **es una estrategia de protección**, porque evita que haya más víctimas a futuro. En el caso de Germán, por ejemplo, su hija tuvo que grabarlo para protegerse, su expareja fue humillada reiteradamente, y nada indica que ese comportamiento haya cesado. De hecho, al no ser confrontado formalmente, su agresión se vuelve cada vez más sofisticada y dañina.

Los programas de intervención no garantizan un cambio inmediato, pero **sí abren la posibilidad real de que el agresor deje de hacer daño**. Ignorarlo, minimizarlo o limitarse al castigo sin proceso, muchas veces solo posterga el problema. Intervenir con firmeza, con enfoque profesional y continuidad, puede marcar la diferencia entre reproducir la violencia o detenerla.

5.3 Reflexión

Enfrentar al agresor es mucho más que pedirle que pare. Es tomar una posición clara frente a la violencia, frente al daño sostenido y frente a la impunidad emocional que por años ha permitido que estos actos se repitan. No solo se trata de defender a quien ha sido lastimada, sino de **detener un patrón que, si no se confronta, se instala, se hereda y se multiplica**.

Durante años, agresores como Germán han humillado, controlado, culpado y manipulado a distintas personas. No solo a una pareja. También a una hija, a una hermana, a nuevas relaciones.

Cambian los escenarios, cambian los rostros, pero la violencia se mantiene igual. El tono sarcástico, el castigo emocional, la amenaza disfrazada de advertencia. Nada cambia si nadie los enfrenta.

Y lo más grave es que muchas veces **la familia o el entorno lo saben, pero callan**. Miran hacia otro lado. O peor aún, justifican, suavizan, normalizan. No comprenden que **el silencio no es protección: es complicidad**. Que cada vez que una víctima tiene que aguantar en soledad lo que todo el mundo ve, esa víctima queda aún más desprotegida.

A quienes forman parte de esa familia o ese entorno, especialmente a hermanos o personas cercanas que han decidido creerle solo al agresor, que insultaron a la víctima o le dieron la espalda en su momento más vulnerable: todavía están a tiempo de corregir. Están a tiempo de pedir perdón, de revisar lo que eligieron no ver, de dejar de proteger al violento y empezar a cuidar a quien fue lastimada. El perdón no borra el daño, pero puede detener su repetición.

Ponerse del lado del agresor no siempre se hace con gritos. A veces es con un silencio, una burla, una frase que minimiza. Pero la víctima no olvida. La víctima recuerda perfectamente quién estuvo, quién calló y quién la juzgó cuando más necesitaba ser sostenida.

Por eso, enfrentar al agresor es también un **acto colectivo**. Es empezar a **recuperar un ambiente sano**, un espacio donde se pueda hablar sin miedo, vivir sin tensión constante y ser escuchado sin ser juzgado. Es decir: **acá no más**. Es devolverle a la víctima su dignidad, su voz, su tranquilidad. Y también es una advertencia: **la violencia no va a seguir escondiéndose detrás de la familia, de la costumbre o del miedo a incomodar**.

Callar, negar, minimizar: todo eso le pertenece al agresor. Romper el ciclo, nombrar lo que duele y poner límites firmes es lo que le pertenece a quienes eligen del lado de la verdad, de la protección y de la justicia emocional.

Irene Freer
Periodista
Máster en Violencia de Género
irenefreer.com